

Catriona Ward

La casa al final
de Needless Street

Traducción de
Cristina Macía

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Last House on Needless Street*

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2021 por VIPER que forma parte de Serpent's Tail, un sello de Profile Books, Ltd.

Primera edición: 2021

Segunda edición: 2023

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia

Diseño de cubierta: Octavi Segarra

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Copyright © Catriona Ward, 2021

© de la traducción: María Cristina Macía Orio, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-248-6

Depósito legal: M. 4.125-2023

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A mi sobrino, River Emmanuel Ward Enoch,
que nació el 14 de agosto de 2020*

Ted Bannerman

Hoy es el aniversario de la Niña del Helado. Fue junto al lago, hace once años. La niña estaba allí y de repente ya no estaba. Siempre es mal día cuando descubro que hay un Asesino entre nosotros.

Olivia me cae sobre el estómago con todo su peso al tiempo que emite sonidos agudos como los engranajes de un reloj. No hay nada en la vida como un gato en la cama. Le hago carantoñas porque sé que desaparecerá en cuanto llegue Lauren. Mi hija y mi gata no pueden compartir habitación.

—¡Me voy a levantar! —digo—. Te toca a ti hacer el desayuno.

Me mira con esos enormes ojos color verde amarillento y se aleja con paso sigiloso hasta dar con un parche de sol. Baja de la cama de un salto y parpadea mientras me observa. Los gatos no tienen sentido del humor.

Recojo el periódico local de la entrada. Me gusta este porque tiene una alerta de aves raras: si ves un pájaro especial, como un carpintero escapulario o un acentor siberiano, mandas un mensaje. Es temprano y aún hay poca luz, pero ya hace un calor pegajoso. La calle está más silenciosa que de costumbre. Callada. Como si recordara.

Al ver la primera plana del periódico se me hace un nudo en la boca del estómago. Ahí está la niña. Se me

había olvidado que era hoy. A veces pierdo la noción del tiempo.

Siempre ponen la misma foto. Tiene unos ojos enormes bajo el ala del sombrero y los dedos aferrados al helado como si pensara que se lo iban a robar. Lleva el pelo empapado, brillante, pegado a la cabeza, muy corto, como un chico. Ha estado nadando pero nadie le ha echado una toalla sobre los hombros para secarla. Eso no me gusta. Se puede resfriar. No han puesto la otra foto, esa en la que salgo yo. Les cayó una buena bronca cuando la publicaron. En mi opinión, menos de lo que merecían.

La niña tenía seis años. Todo el mundo estaba consternado. En esta zona la cosa va mal, sobre todo cerca del lago, así que los acontecimientos se precipitaron. La policía registró las casas de todos los habitantes del condado que podrían haber hecho daño a un niño.

No me dejaron esperar dentro mientras lo hacían, así que tuve que quedarme en las escaleras. Era verano, con una luz violenta y el calor de la superficie de una estrella. La piel se me fue abrasando a medida que avanzaba la tarde. Escuché mientras levantaban la horrorosa alfombra azul de la sala de estar, mientras arrancaban los tablones del suelo y abrían un boquete en la pared detrás de mi armario porque les pareció que sonaba a hueco. Metieron a los perros en el patio trasero, en el dormitorio, por todas partes. Sabía muy bien qué clase de perros eran. Tenían en los ojos los árboles blancos de la muerte. Un hombre flaco me sacó fotos con la cámara. No se me ocurrió impedirselo.

—Sin foto no hay artículo —dijo al marcharse.

No supe qué quería decir, pero agitó la mano alegremente en gesto de despedida, así que yo también lo hice.

—¿Qué pasa, señor Bannerman?

La detective parecía una comadreja. Estaba muy cansada.

–Nada.

Yo no paraba de temblar. «Tienes que estar callado, Pequeño Teddy». Los dientes me castañeteaban como si tuviera frío, pero hacía un calor espantoso.

–Estabas gritando mi nombre. Y me parece que la palabra «verde».

–Seguramente me estaba acordando de una historia que me inventé cuando era un crío, sobre los niños que desaparecían y se transformaban en cosas verdes, junto al lago.

Me lanzó una mirada extraña. La reconocí al momento. Muchas veces me miran así. Me abracé al tronco del roble joven del patio. El árbol me prestó su fuerza. ¿Había algo que decir? Si era así, no daba con ello.

–¿Esta es su única residencia, señor Bannerman? ¿No tiene otras propiedades cerca de aquí? ¿Una cabaña en el bosque, algo por el estilo?

Se secó el sudor del labio superior. La preocupación le pesaba como un yunque en los hombros.

–No –dije–. No, no, no.

Si le contara lo del lugar de los fines de semana, no lo entendería.

Al final la policía se marchó. No les quedó más remedio porque yo había estado en el 7-Eleven la tarde entera y todo el mundo me había visto. Estaba en la grabación de la cámara de seguridad. Esto es lo que hacía: me quedaba sentado en la acera, junto a las puertas automáticas. Cuando se abrían con un siseo y alguien salía envuelto en una ráfaga de aire frío, le pedía caramelos. A veces, si tenían, me daban, y a veces hasta entraban y me los compraban. A mamá le habría dado mucha vergüenza si se hubiera enterado, pero me encantan los

caramelos. En ningún momento estuve cerca del lago ni de la Niña del Helado.

Cuando terminaron por fin y me dejaron entrar en la casa, su olor estaba por todas partes: rastros de colonia, de sudor, de goma, de productos químicos. Estaba muy alterado porque habían visto todos mis tesoros, como la foto de mamá y papá. La foto ya se estaba quedando borrosa y se los veía cada vez más pálidos. Se alejaban de mí, se fundían en blanco. Luego estaba la caja de música rota de la repisa. Mamá la había traído de su lejano hogar. Ya no sonaba. La rompí el mismo día que destrocé las muñecas rusas, el día que pasó aquello del ratón. La bailarina estaba arrancada de cuajo, caída, muerta. Lo de la bailarina era lo que más me dolía. Yo la llamaba Eloise. No sé por qué. Tenía cara de Eloise. Aún recuerdo la voz hermosa de mi madre: «Me lo quitas todo, Theodore. Todo, todo, todo».

Aquella gente había mirado mis cosas con los ojos y con los pensamientos y la casa ya no me parecía mía.

Cerré los ojos y respiré hondo para calmarme. Cuando volví a abrirlos, la muñeca rusa me sonrió, rechoncha. Estaba junto a la caja de música. La bailarina, Eloise, se erguía orgullosa, con los brazos perfectos, las manos cruzadas en el aire, sobre la cabeza. Mamá y papá me sonreían en la foto. Mi preciosa alfombra naranja era como una pelusa suave bajo los pies.

De inmediato me sentí mejor. Todo iba bien. Estaba en casa.

Olivia frotó la cabeza contra mi mano. Me reí y la cogí en brazos. Eso me hizo sentir aún mejor. Pero arriba, en el desván, los niños verdes se movieron.

Al día siguiente salí en el periódico. El titular decía: REGISTRO EN LA CASA DEL SOSPECHOSO. Se me veía de pie, ante

la casa. También habían registrado otras casas, pero en el artículo parecía que la mía era la única, y además los otros habían sido más listos y se habían tapado la cara. «Sin foto no hay artículo». Pusieron mi foto al lado de la de la Niña del Helado, que era de quien iba el artículo.

En la foto no se veía el nombre de la calle, pero la debieron de reconocer. Me tiraron piedras y ladrillos a las ventanas. Muchas veces. En cuanto cambiaba un cristal me lanzaban otra pedrada. Pensé que me iba a volver loco. Fueron tantas veces que al final me rendí y tapé las ventanas con tableros de contrachapado. Así pararon un poco. Tirar piedras pierde la gracia si no se rompe nada. Dejé de salir durante el día. Fueron malos tiempos.

Pongo a la Niña del Helado, bueno, el periódico con su foto, en el armario de debajo de las escaleras. Me agacho para meterlo en la base de la pila. Entonces la veo en el estante, medio escondido por la torre de periódicos: la grabadora.

La reconozco de inmediato. Es de mamá. Cojo la máquina del estante. Solo con tocarla me siento raro, como si alguien me susurrara algo tan bajo que no lo puedo oír.

En la grabadora hay una cinta usada. Ya hay algo grabado en la mitad de un lado. Es una cinta vieja, con una etiqueta a rayas amarillas y negras. Dice «Notas» con caligrafía formal, desvaída.

No escucho la cinta. Ya sé lo que hay. Mamá siempre dictaba las notas en voz alta. Tenía un pequeño problema con las consonantes, nunca se le quitó. En su voz se escuchaba el mar. Mamá había nacido muy lejos, bajo una estrella oscura.

Y pienso «Déjala ahí; olvídate de que la has visto».

Me como un pepinillo y ya me encuentro mucho mejor. Al fin y al cabo, todo eso fue hace mucho tiempo. Cada vez hay más luz; va a ser un día muy bonito. Los pájaros llegarán pronto. Vienen del bosque todas las mañanas y se posan en mi patio trasero. Mascaritas, crestas, escribanos, piquituertos, gorriones, mirlos, palomas... Son muchos, es muy bonito. Me encanta mirarlos. Hice una mirilla del tamaño exacto y en el mejor lugar del tablero, y así puedo ver el patio entero. Siempre tengo los comederos llenos y también pongo agua. Cuando hace tanto calor, los pájaros lo pasan mal.

Estoy a punto de mirar, como todos los días, cuando me da un vuelco el corazón. Hay una cosa dentro de mí que sabe las cosas antes de que las sepa mi cabeza. Algo va mal. La mañana es demasiado silenciosa. Me digo que no tengo que ser raro, respiro hondo y pego el ojo al agujero.

Lo primero que veo es el arrendajo. Está en el mismísimo centro del césped. Tiene las plumas alborotadas, brillantes, como aceitadas. Se retuerce. Un ala larga se agita en el aire; trata de volar, a la desesperada. Los pájaros que no pueden volar son raros. No están hechos para pasar mucho tiempo posados.

Me tiemblan las manos al girar la llave en las tres cerraduras de la puerta trasera. Zonk, zonk, zonk. Pese a todo, me detengo para cerrar otra vez al salir. Hay pájaros por todo el patio, tirados en la hierba reseca. Se agitan, impotentes, atrapados en una especie de tiras de papel marrón. Hay muchos muertos, veinte o más. Otros están vivos. Cuento siete corazones que aún laten. Abren el pico, con la pequeña lengua negra rígida de dolor.

Mi mente corre como hormigas, por todas partes. Tardo tres respiraciones en entender lo que veo. Durante la noche, alguien ha puesto trampas adhesivas en los comederos, en las jaulas de alambre, en las bolas que cuelgan

de los cordeles. Cuando los pájaros vinieron al amanecer para alimentarse, se quedaron pegados por el pico, por las patas.

«Asesino, asesino, asesino...». No puedo pensar en otra cosa. ¿Quién es capaz de hacer algo así a unos pájaros? Pero luego pienso otra cosa. «Tengo que limpiar esto. No puedo dejar que lo vea Lauren».

La gata callejera atigrada está al acecho entre la hiedra de la alambrada, con los ojos ambarinos concentrados.

–¡Fuera! –le grito.

Le tiro lo primero que encuentro a mano, una lata vacía de cerveza. La lata se estrella contra el poste de la valla y hace un «dannng». La gata se da media vuelta sin prisa y se aleja con su cojera irregular, como si saliera de ella marcharse. No tiene garras.

Recojo los pájaros vivos. Se apelonan en mis manos, en una masa palpitante. Son como un monstruo de mis pesadillas, con ojos y patas por todos lados, los picos muy abiertos. Trato de separarlos y las plumas se separan de la carne. Los pájaros no emiten sonidos. Puede que eso sea lo peor. Los pájaros no son como las personas. El dolor los deja en silencio.

Los meto en la casa e intento todo lo que se me ocurre para quitar el pegamento. Pero en cuanto pruebo un par de veces con el disolvente veo que no hago más que empeorar las cosas. Los pájaros cierran los ojos e inhalan los vapores. Ya no sé qué hacer. Este pegamento es permanente. Los pájaros no pueden vivir pero no están muertos. Se me ocurre ahogarlos, luego darles un martillazo en la cabeza. Cada idea me hace sentir más raro que la anterior. Pienso en abrir el armario del ordenador portátil. Puede que haya algo en internet. Pero no sé dónde dejar los pájaros. Se pegan a todo lo que tocan.

Entonces me acuerdo de una cosa que vi en la tele. Vale la pena probar, y tenemos vinagre. Con una sola mano, corto un trozo de manguera. Cojo una fiambarrera grande, el bote de bicarbonato y vinagre blanco de debajo del fregadero. Deposito los pájaros con cuidado dentro de la fiambarrera, la cierro bien y meto la manguera por un agujero que hago en la tapa de plástico. Mezclo el bicarbonato y el vinagre en la bolsa y la ato a la manguera con una goma para que cierre bien. Ahora es una cámara de gas. Dentro de la fiambarrera, el aire empieza a cambiar y las plumas se agitan cada vez menos. No dejo de mirar, porque la muerte merece testigos. Hasta la de un pájaro. No tardan mucho. Ya casi se habían rendido con el calor y el miedo. La última en morir es una paloma: el pecho sube y baja cada vez menos, y al final se queda inmóvil.

El Asesino me ha transformado en asesino a mí también.

Pongo los cadáveres en el cubo de basura del patio. Cuerpos inertes, aún calientes, blandos. Alguien pone en marcha un cortacésped cerca. El olor de la hierba recién cortada impregna el aire. La gente empieza a despertar.

—¿Se encuentra bien, Ted?

Es el hombre del pelo color zumo de naranja. Todos los días lleva a su perro al bosque.

—Sí, muy bien —le digo.

Me está mirando los pies. Me doy cuenta de que no llevo zapatos ni calcetines. Tengo los pies blancos, con mucho pelo. Me tapo un pie con otro, pero no arreglo nada. El perro jadea y me sonrío. En general las mascotas son mejores que sus dueños. Me da pena de todos los perros, los gatos, los conejos, los ratones. Tienen que vivir con personas, y peor aún, tienen que quererlas. Olivia no es una mascota, claro. Es mucho más que eso.

Aunque me imagino que todo el mundo piensa lo mismo de su gato.

Siento el corazón en un puño cuando me imagino a un Asesino rondando mi casa en la fría oscuridad, poniendo trampas en el patio, que a lo mejor hasta miró dentro de la casa para espiarme, para espiar a Lauren y a Olivia con sus ojillos de escarabajo muerto.

Vuelvo. La señora del chihuahua está muy cerca. Me ha puesto una mano en el hombro. No es habitual. Por lo general, a la gente no le gusta tocarme. El perro que lleva bajo el brazo tiembla y me mira con ojos saltones.

Estoy delante de la casa de la señora del chihuahua, que es amarilla con molduras verdes. Tengo la sensación de que me acabo de olvidar de algo, o de que voy a saber algo de un momento a otro.

«Espabila –me digo–. No seas raro». La gente lo nota cuando soy raro. Y luego se acuerdan.

–... pies destrozados –está diciendo la mujer–. ¿Dónde tienes los zapatos?

Conozco ese tono. A las mujeres pequeñas les gusta cuidar de los hombres grandes. Es un misterio.

–Tienes que cuidarte, Ted –me dice–. Tu madre estaría preocupadísima por ti.

Veo que el pie me gotea. Hay un reguero rojo oscuro en el cemento. Debo de haber pisado algo.

–Estoy persiguiendo a la gata callejera –digo–. La estaba persiguiendo. No quiero que asuste a los pájaros del patio.

(A veces me fallan los tiempos verbales. Me parece que todo sucede ahora y se me olvida que pasó antes).

–Es una vergüenza lo de esa gata –me dice. Parece interesada, se le nota en los ojos. Ahora siente otra cosa–. Es una plaga. El ayuntamiento tendría que hacer algo

con los gatos callejeros igual que hacen con otras alimañas.

–Desde luego –digo–. Claro.

(No recuerdo los nombres, pero tengo otros modos de juzgar y recordar a las personas. El primero es: ¿se portarían bien con mi gata? A esta mujer no la dejaría acercarse a Olivia).

–Bueno, gracias –digo–. Ya estoy mejor.

–Claro –dice–. Ven mañana a tomar un té con hielo. Te puedo hacer galletas.

–Mañana no puedo.

–Bueno, cuando quieras. Somos vecinos. Tenemos que cuidarnos unos a otros.

–Eso mismo digo yo. –Siempre soy educado.

–Tienes una sonrisa muy agradable, Ted. A ver si la vemos más a menudo.

Me despido agitando la mano, sonrío y me alejo fingiendo un dolor que no siento, sin descargar peso sobre el pie que sangra hasta que estoy seguro de que la mujer ha doblado la esquina.

La señora del chihuahua no se ha dado cuenta de que yo me había ausentado. Mejor. He perdido tiempo, pero no mucho. Siento la acera cálida, no caliente, aún bajo los pies. El cortacésped sigue sonando y el olor de la hierba cortada se nota verde y pegajoso en el aire. Un par de minutos, no más. Pero no me debe pasar en la calle. Y tengo que ponerme los zapatos antes de salir de casa. Ha sido un error.

Me limpio el corte del pie con el desinfectante del bote de plástico verde. Creo que es para el suelo o para la encimera, no para la piel. El pie me queda peor. Está rojo, en carne viva. Parece que debería doler mucho si lo notara. Pero bueno, he limpiado el corte. Me envuelvo el

pie en gasas. Tengo muchas gasas y vendas por todas partes. En nuestra casa hay muchos accidentes.

Me noto las manos pringosas, como si tuviera algo pegajoso, como chicle, o muerte. Leí no sé dónde que los pájaros tienen piojos. O a lo mejor eran los peces. Me lavo las manos con la cosa del suelo. Estoy temblando. Me tomo la pastilla que me tendría que haber tomado hace horas.

Hoy se cumplen once años de la desaparición de la Niña del Helado. Esta mañana alguien ha matado a mis pájaros. Puede que las dos cosas no tengan nada que ver. En el mundo hay montones de cosas que no tienen sentido. Pero también puede que haya una relación. ¿Cómo sabía el Asesino que al amanecer hay tantos pájaros en mi patio? ¿Conoce el barrio? Me siento mal pensando en estas cosas.

Hago una lista. Arriba escribo: «El Asesino». Es una lista muy corta.

El hombre del pelo color zumo de naranja
La señora del chihuahua
Un desconocido

Mordisqueo el lápiz. Lo malo es que no conozco muy bien a los vecinos. Mamá sí que los conocía. Se le daba bien ser encantadora. Pero cuando me ven a mí se dan media vuelta. Es literal, los he visto darse media vuelta para no cruzarse conmigo. Así que el Asesino puede estar ahí afuera, ahora mismo, a un par de casas de la mía, comiendo pizza y riéndose de mí. Añado a la lista:

El hombre nutria o su mujer o sus hijos
Los hombres que viven juntos en la casa azul
La señora que huele a rosquillas

Son casi todos los vecinos de la calle.

No pienso de verdad que ninguno de ellos sea el Asesino. Algunos, como la familia Nutria, están de vacaciones en este momento.

Nuestra calle tiene un nombre extraño. A veces la gente se hace fotos junto al cartel abollado que hay al principio. Luego se van, porque más allá no hay nada, solo el bosque.

Añado otro nombre a la lista, muy despacio:

Ted Bannerman

Porque nunca se sabe.

Abro el armario donde guardo las cosas para manualidades y escondo la lista bajo una caja vieja de ceras que Lauren no utiliza nunca.

Juzgo a las personas por dos cosas: por cómo tratan a los animales y por lo que les gusta comer. Si su comida favorita es una ensalada o algo así, son malas personas, sin duda. Si es algo con queso, seguramente no.

No son ni las diez de la mañana (lo sé por el sol que entra por las mirillas que he hecho en el contrachapado, que dibuja monedas de luz en el suelo) y el día ya ha sido de los malos. Así que decido prepararme temprano la comida. Es mi comida favorita, la mejor del mundo. Vale, para esto necesito el cacharro de grabar.

Porque he estado pensando, ¿por qué no voy a usar la grabadora para mis recetas? (A mamá no le gustaría, ya lo sé. Tengo un picor en la nuca que me dice que estoy a punto de ser «un estorbo», como me decía siempre ella).

Desenvuelvo una caja nueva de cintas. Huelen bien. Pongo una en el aparato. Cuando era pequeño, siempre quería jugar con él. Tiene un botón rojo, grande, como

una tecla de piano, que hace un «clic» muy alto cuando lo aprieto. Pero no sé qué hacer con la cinta vieja de mamá y eso me altera mucho. No puedo tirarla ni romperla, eso ni soñarlo, pero tampoco quiero guardarla con mis case-tes nuevos, tan bonitos. Así que la meto en el armario de las escaleras, bajo los periódicos, bajo la Niña del Helado. ¡Venga, listo!

Receta del sándwich de queso y miel, de Ted Bannerman. Se calienta aceite en una sartén hasta que sale humo. Se unta mantequilla por los dos lados en dos rebanadas de pan. Se coge queso cheddar, mejor si es el que viene en lonchas, pero vale cualquiera. El que a ti te guste, que es para ti. Se pone un poco de miel en las dos rebanadas de pan pero solo por un lado. Se pone el cheddar encima de la miel. Se ponen rodajas de plátano encima del cheddar. Luego se cierra el sándwich y se tuesta en la sartén hasta que está bien dorado por los dos lados. Una vez listo, se añade sal, pimienta y salsa picante por encima. Se corta por la mitad para ver cómo rezuman el queso y la miel. Casi da pena comer-selo. Ja ja... casi.

¡Tengo una voz horrorosa! Como la de un niño raro con una rana en la barriga. Vale, grabaré las recetas, pero no voy a volver a escucharlas a menos que sea imprescindible.

Lo de grabar cosas fue idea del hombre bicho. Me dijo que llevara un «diario de sentimientos». Esas palabras me alarmaron. Lo dijo de manera que parecía fácil: «Habla de lo que te pasa y de cómo te afecta». Ni de broma. Pero está bien hacer las recetas por si un día desaparezco y no queda nadie que las recuerde. Mañana voy a hacer el sándwich de fresas y vinagre.

Mamá tenía unas opiniones muy concretas sobre la comida, pero a mí me encanta. Antes soñaba con ser un chef, hasta con tener un bar y dar comidas. El Ted's,

jimagínate! O escribir un libro de cocina. Ya no puede ser por Lauren y Olivia. No puedo dejarlas solas.

Me gustaría hablar con alguien de estas cosas. (Con el hombre bicho, no, claro. Es muy importante que no le muestre quién soy al hombre bicho). Me gustaría compartir mis recetas con algún amigo, pero no tengo.

Me siento en el sofá a comer el sándwich y ver un programa de camiones aplastando cosas. Los camiones son geniales. Hacen mucho ruido, pasan por encima de todo, lo tiran todo a su paso. Nada los detiene. Queso y camiones. Debería estar contento. Pero tengo la cabeza llena de plumas y picos. ¿Y si me quedo pegado yo a una trampa? ¿Y si desaparezco, sin más? Nadie será testigo.

Siento un roce suave. Olivia frota su cabeza contra mi mano y luego se sube de un salto a mi regazo. Noto las patitas aterciopeladas. Se da una vuelta, luego otra, antes de acomodarse en la rodilla. Siempre nota cuando estoy alterado. Ronronea tanto que el sofá tiembla.

—Vamos, gatita —le digo—. Tienes que meterte en tu cajón. Viene Lauren.

Cierra los ojos y se queda inerte, relajada. Casi se me escurre entre las manos cuando la llevo a la cocina. No deja de ronronear. Levanto la tapa del viejo arcón congelador, que está roto. Hace años que tendría que haberlo tirado, pero a Olivia le encanta, a saber por qué. Como siempre, compruebo que esté desenchufado, aunque hace años que no funciona. La semana pasada hice un par de agujeros más en la tapa porque me preocupaba que no entrara suficiente aire. Matar cosas es difícil, pero mantenerlas vivas y a salvo lo es aún más. Que me lo digan a mí.

Lauren y yo estamos jugando a su juego favorito. Tiene un montón de reglas y entre otras cosas hay que ir en la bicicleta rosa a toda velocidad por la casa recitando

nombres de capitales. Lauren hace sonar dos veces el timbre si la respuesta es correcta y cuatro si es errónea. Es un juego con mucho ruido, pero también educativo, así que lo acepto. Cuando llaman a la puerta, pongo la mano sobre el timbre de la bicicleta.

–Silencio mientras veo quién es –digo–. En serio. Ni un ruido.

Lauren asiente.

Es la señora del chihuahua. El perro asoma la cabeza por la abertura del bolso, nervioso. Tiene los ojos brillantes, enloquecidos.

–Menudo jaleo de juegos –dice–. Está bien que los niños hagan ruido, es lo que digo yo.

–Mi hija está de visita –respondo–. Ahora no tengo tiempo.

–Me enteré de que tuviste una hija hace años –dice la señora del chihuahua–. ¿Quién me lo contó? Vaya, no me acuerdo. Pero me acuerdo de que tenías una hija. Me encantaría conocerla. Los vecinos tienen que llevarse bien. Te he traído unas uvas. Son muy sanas, y además son dulces, le gustan a todo el mundo. Hasta a los niños. Las uvas son los caramelos de la naturaleza.

–Gracias –dijo–. Perdona, tengo que volver con ella. Estamos juntos poco tiempo. Y ya sabe, tengo la casa hecha un desastre.

–¿Cómo estás, Ted? –me pregunta–. En serio, ¿cómo estás?

–Bien.

–¿Y tu madre? A ver si nos escribe.

–Está bien.

–Vale –dice tras una pausa larga–. Bueno. Ya nos veremos.

–¡Eh, papá! –grita Lauren en cuanto cierro la puerta a la señora del chihuahua–. ¡Chile!

–¡Santiago! –me desgañito.

Lauren grita y pedalea, pasa como un rayo entre los muebles, canta una canción que se ha inventado y que habla de caracoles, y si no fuera padre no me creería que una canción sobre caracoles me pudiera hacer tan feliz. Así funciona el amor, se te mete dentro como una mano.

Frena de repente y la goma de las ruedas chirría contra los tablones del suelo.

–Deja de seguirme, Ted –dice.

–Pero si estamos jugando.

Se me encoge el corazón. Ya estamos.

–No quiero jugar más. Vete. Me estás molestando.

–Lo siento, gatita –digo–. No es posible. Puede que me necesites.

–No te necesito –dice–. Y quiero montar sola. –Levanta la voz–. Quiero vivir en una casa sola, y comer sola, y mirar la tele sola, y no volver a ver a nadie nunca más. Quiero ir a Santiago, Chile.

–Ya lo sé –digo–. Pero los niños no pueden hacer esas cosas. Un adulto los tiene que cuidar.

–Algún día lo haré.

–Vamos, gatita –le digo con toda la ternura de que soy capaz–. Sabes de sobra que no es así. –Trato de ser tan sincero como me es posible.

–Te detesto, Ted. –Las palabras siempre me hacen el mismo efecto, por muchas veces que me las diga. Es como un golpe fuerte, a toda velocidad, por la espalda.

–Llámame papá, no Ted. Y sé que no lo dices en serio.

–Lo digo en serio. –Tiene la voz aguda y baja como una araña–. Te detesto.

–¿Quieres un helado? –Hasta a mí mismo me sueno culpable.

–Ojalá no hubiera nacido –dice, y se aleja pedaleando mientras toca el timbre, y pasa por encima de un dibujo

que hizo antes, un gato negro con ojos verdes como gemas. Olivia.

No mentí a la señora del chihuahua. Tengo la casa hecha un desastre. A Lauren se le cayó gelatina en la cocina y luego pasó por encima con la bicicleta, con lo que hay un rastro pegajoso por toda la casa. El sofá está lleno de ceras rotas y hay platos sucios por todas partes. Es uno de los juegos favoritos de Lauren: saca los platos de la alacena y los va lamiendo uno a uno. Luego grita «¡Papá, los platos están sucios!». Ahora se ha bajado de la bicicleta y hace como si fuera un tractor, gruñe y se arrastra.

–Mientras se lo pase bien... –mascullo entre dientes.

Alegrías de la paternidad.

Me estoy tomando la pastilla de mediodía con un vaso de agua y en ese momento Lauren choca contra mí. El agua del vaso salpica la alfombra azul y la pastilla se me escapa, rebota, es un punto amarillo que vuela por los aires, y desaparece. Me arrodillo y miro debajo del sofá. No la veo por ninguna parte. Se me están acabando.

–Mierda –digo sin pensar–. Joder.

Lauren empieza a gritar. Su voz se transforma en una sirena y sube de volumen hasta que tengo la cabeza a punto de explotar.

–¡Estás diciendo tacos! –chilla–. ¡Eres gordo, eres horrible, no digas tacos!

Y salto. No es mi intención, pero salto. Ojalá pudiera decir que no es por lo de «gordo» y «horrible».

–Se acabó –grito–. ¡Castigada!

–¡No! –Me intenta arañar la cara, los deditos afilados me buscan los ojos.

–Si no te portas bien, aquí no puedes jugar –consigo decirle, y al final deja de debatirse–. Te hace falta dormir un rato, gatita –digo.